

primitivo. Como en Saturno el *Tiempo*, y en Júpiter la *Inteligencia*, se personificó en *Apolo* al *Sol*, á cuya luz parece aludir el nombre de su madre *Latona* (oculto), ya porque el sol, disipando las tinieblas, descubre lo *escondido*, ya porque antes de la aparición de aquel astro, todo yacía *oculto* en el seno del caos. *Apolo*, emblema del Sol, fue mirado como el dios de la poesía, de la música, de la adivinación y de la medicina; y no sin apariencias de razón, pues que al desarrollo de estas artes contribuyen poderosamente las influencias vivificadoras de un cielo puro y de un sol radiante. Reservando para sus lugares correspondientes la explicación de las principales aventuras que la mitología atribuyó á *Apolo*, no hablaré aquí de él sino como *profeta* ó *adivino*, calificación equivalente á la de *augur*, que le da Horacio. Con el don de profecía de que se le dotó, se quiso indicar sin duda que así como la luz material esclarece el espacio oscuro, así la antorcha de la razón alumbró los abismos del porvenir, y la alta é ilustrada inteligencia presagia, por la marcha cierta de los sucesos presentes, el orden eventual de los futuros. A *Apolo*, en su cualidad de *adivino* ó *profeta*, le erigió la antigüedad muchos templos. El mas célebre fue el de Delfos, de que hablaré en las notas á la oda sétima. Como símbolo del Sol se le representaba coronado de rayos; y con una lira en la mano, cuando se le consideraba como dios de la poesía. No concluiré esta nota sin añadir que en la historia egipcia se hace mención de un *Apolo* hijo de Chus, que enseñó en su país las ciencias y las letras.

V. 33. *Erycina*... Sobrenombre de Venus, tomado del templo que tenía en el monte *Erix* en Sicilia. Horacio no descuida, como se verá muchas veces en adelante, las ocasiones que la naturaleza de los objetos que trata, le ofrece para dar pompa á sus composiciones. En la estrofa anterior nos presenta á *Apolo*, *nube candentes humeros amictus*; en esta dice de Venus, *Quam Jocus circumvolat et Cupido*, y en la siguiente califica á Marte con la expresión de *Quem juvat clamor galeæque leves*. Este arte, esta atención del poeta merecen ser observa-

dos. Ya hablaré de Venus en las notas á la oda cuarta.

V. 36.. *Auctor*... Rómulo, fundador de Roma, era hijo de Marte, y este dios era hijo de Júpiter y de Juno, y hermano de Belona, con quien partía los cargos ó incumbencias de la guerra. Horacio, invocando las bondades de los dioses en favor de Roma, no podía olvidar al dios de la guerra, que era al mismo tiempo el padre del fundador de aquella ciudad.

V. 39. *Mauri*... Tannegui le Fevre, á quien siguieron Bentley y algunos otros editores, propuso leer aquí *Marsi*, porque los *marsos* eran conocidos por grandes soldados. Pero los *mauros* eran también corpulentos y valerosos, y en muchas ocasiones mostraron en los campos de Africa, el denuedo y la ferocidad, de que en los de Asia hicieran antes alarde sus ascendientes. Estos salieron de la India, según Estrabon, y según Salustio, de Persia, Armenia y Fenicia. No faltó quien observase que la expresión de que usa aquí Horacio, alude al furor de que llenaba á los *mauros* la necesidad de pelear á pié, cuando en las batallas perdían el caballo, que era su mas poderoso medio de triunfo.

V. 41. *Sive mutató*... De todas las inspiraciones delicadas de que abunda esta oda, ninguna lo es mas, que la de suponer que *Mercurio* ha tomado la figura de César, y que se ha hecho así el salvador de Roma. Entre las facultades que la mitología atribuía á *Mercurio*, hijo de Júpiter y de Maya, era una la de transformarse á su arbitrio, y de tomar la figura que convenia al propósito que estaba encargado de ejecutar. Sin esta facultad no habria él podido desempeñar las comisiones de los dioses, de quienes era el intérprete y el mensajero. Se le representaba con alas, porque así habia representado Homero á la palabra, de que *Mercurio* era la personificación.

V. 43. *Filius Maiæ*... Véanse las notas á la oda décima.

V. 44. *Cæsaris ultor*... Cayo Julio César nació en el año de 654 de Roma, de una ilustre familia, y muy jóven aun, fue en su calidad de sobrino de Mario, proscripto por Sila. Sorteado este peligro, viajó, estudió, hizo proezas en

las aguas del Egeo y en el vecino continente del Asia menor, y regresado á Roma, fue sucesivamente tribuno militar, cuestor, edil, pontífice y pretor, adquiriendo en el desempeño de estos encargos una alta reputacion de inteligencia y una inmensa popularidad. Esta le valió al fin el importante gobierno de España, pero no impidió que sus acreedores se opusiesen á su salida, que no se habria verificado en efecto, sino hubiese encontrado un fiador. En breve su mando en la península le proporcionó medios de pagar sus cuantiosas deudas, y de comprar á su regreso votos para elevarse al consulado, en cuyo ejercicio adquirió nuevos títulos al favor popular. Diósele á poco el mando de las Galias, donde hoy apenas hay provincia que no conserve vestigios de sus hazañas ó tradiciones de su poder. Domado el pais, atravesó César el Rhin, é impuso respeto á los habitantes de su margen derecha; y revolviendo sobre las costas del Oceano, pasó á la Gran Bretaña, y plantó allí los pendones de su patria. En diez años de guerra habia César subyugado mas de doscientas tribus independientes, que tomaban el nombre de naciones, y deshecho en batallas mas ó menos importantes, sobre tres millones de combatientes, de los cuales la tercera parte pereció en los campos, y otra parte igual arrastró las cadenas de la esclavitud. El valor del guerrero, la sagacidad del político y la habilidad del administrador le merecieron por donde quiera, muestras de respeto y testimonios de entusiasmo; pero las exacciones á que frecuentemente condenó á los pueblos, y los impuros manejos á que debió la acumulacion de enormes riquezas, le malquistaron en el Senado, donde se trató de despachar comisionados á residenciarle. El brillo de sus victorias y el amor del pueblo sofocaron las acusaciones y las quejas, y aun obligaron á celebrar sus triunfos con rogativas solemnes y suntuosas acciones de gracias. Notando al fin Pompeyo que con los tesoros que arrebatava César á los galos, no solo corrompia á los soldados de su ejército sino á muchos personajes importantes de Roma, donde, desde las turbulencias anteriores, iban desapareciendo los hábitos antiguos de probidad, trató de difundir recelos so-

bre los designios ulteriores del poderoso gobernador de las Galias, y desposeerle del mando. Dócil el Senado á las sugerencias del mas influyente de sus individuos, y aprovechando la circunstancia de haberse bajado César con dos legiones á la Gália Cisalpina, de donde en horas podia penetrar en la Italia, solo separada de aquel pais por el pequeño rio *Rubicon* (hoy Luso), le ordenó dejar el mando, so pena de ser considerado como enemigo de la república; encargó á los cónsules que tomasen las medidas convenientes para la egecucion del decreto, y acabó por declarar sacrilego y parricida al que con ejército, legion ó cohorte pasase el *Rubicon*. César, adelantado á sus orillas, é informado allí de las disposiciones del Senado, reflexionó sobre los peligros á que se esponia infringiéndolas, hizo alto en la frontera, y mostró titubear; pero se decidió al fin, y saltando el vedado límite, se adelantó á *Ariminum* (hoy Rimini), que le abrió sus puertas. A la noticia de este suceso se reunió el Senado, y trató de tomar las resoluciones vigorosas que exigian el desacato del poderoso caudillo y la consternacion de la ciudad; pero dividiéndose los pareceres, se acabó, como sucede frecuentemente en semejantes circunstancias, por adoptar el peor partido. Pompeyo, seguido de los cónsules y de los principales senadores, se retiró primero á Cápua, y despues á Brindis; y no creyendose allí seguro, pues César le habia seguido, y puesto sitio á la ciudad, se embarcó para *Durrachio* en Epiro (hoy *Durazzo* en la Albania), á donde ya le habian precedido los cónsules. Dueño asi César de la Italia toda, se presentó solo y sin tropas en Roma, donde el pueblo le recibió con grandes demostraciones de júbilo; y en tanto que sus tenientes ocupaban la Cerdeña y la Sicilia, él, á pesar de las protestas del tribuno *Metelo*, se apoderó de la tesorería en la capital, y con los grandes caudales que allí encontró, se puso en disposicion de vencer las resistencias, que no tardaron en aparecer en muchos puntos de la república. César, dejando á *Marco Antonio* el mando de la Italia, partió para la España, que subyugó, despues de derrotar á los partidarios de Pompeyo, capitaneados por sus tenientes *Petreyo* y *Afranio*.

Vuelto á Roma, fue nombrado dictador por el pretor Lépido, y revestido de aquel carácter, marchó contra Pompeyo, que habia reunido poderosas huestes en Grecia, y con el cual, despues de muchas marchas, maniobras y escaramuzas, se avistó en fin en los llanos de Farsalia. Allí quedó, con la derrota completa de Pompeyo, afianzada la dominacion de César, que deshecho luego de su temible rival por una traicion, reprobada y llorada por el vencedor mismo, pudo marchar del Egipto al Ponto, y sofocar con la derrota de su rey Farnaces, las resistencias que por aquella parte asomaban. De allí, con la celeridad espresada en su célebre divisa de *Vine, vi y venci*, pasó al Africa, destruyó en una memorable campaña á Escipion y Labieno, hizo á Caton encerrarse en Utica, y derramó por su muerte gloriosa, lágrimas tan sinceras, como las que poco antes le habia arrancado el desastrado fin de Pompeyo. De regreso á Italia, obtuvo los honores del triunfo bajo los diferentes conceptos de vencedor de las Galias, del Ponto y de la Mauritania; y como los hijos de Pompeyo se revolviessen todavía en España, pasó allá de nuevo, los deshizo en la célebre batalla de Munda, y dejó así pacificada definitivamente la península. Restituido de nuevo á la capital, se le nombró cónsul por diez años, y dictador perpetuo; se le dieron los títulos de emperador y padre de la patria; se declaró sagrada é inviolable su persona; se le concedió la prerogativa de asistir á los espectáculos en un alto sillón dorado, y con corona de oro sobre la cabeza, y se mandó que aun despues de su muerte ocupasen la corona y el sillón un lugar preeminente en las reuniones públicas. Aunque ejerciendo de hecho las atribuciones de rey, César afectaba conservar las instituciones republicanas, asistia al Senado como un simple senador, y se presentaba en público como un ciudadano particular; y para mostrar que no temia las asechanzas de que sus amigos le avisaban diariamente que estaba rodeado, despidió su guardia de españoles, en que tenia una ilimitada confianza. Sus enemigos se aprovecharon de la que él ostentaba, y á pretexto de que disponiéndose César á salir á campaña contra los Partos, habia circulado el rumor de que

segun las tradiciones Sibilinas, no podian vencer los romanos á aquellos formidables enemigos, sino llevando á un rey por general, se cundió la voz de que el dictador aspiraba á aquella dignidad. Tramóse, pues, una conjura, de que se hicieron gefes los famosos Bruto y Casio, honrados ambos con el favor de César, é hijo el primero de Servilia, hermana de Caton, con la cual habia tenido el héroe en su juventud relaciones amorosas, de que se decia ser fruto aquel gefe de la conspiracion. Dispúsose para el 15 de marzo acabar, en el Senado mismo, con el dictador, al cual en vano se dirigieron de todas partes avisos y exhortaciones para retraerle de asistir á la sesion. Despreciólas todas, igualmente que los ruegos de su muger Calpurnia, y presentándose en el Senado, le rodearon, como para saludarle, los senadores alistados en la conjura. Atilio Cimbrío, uno de ellos, le tiró de la toga con fuerza, y Casca en seguida descargó sobre él su espada. Arrebatósele César, y habria al punto dado fin de él, si los conjurados, desenvainando luego las suyas, no le acosasen á la vez, y si embargando el asombro á los senadores que no tenian noticia anterior de la trama, no hubiese su impasibilidad facilitado el logro del indigno propósito. César solo resistió á todos; pero vió levantada sobre su cabeza la espada de Bruto, y despues de dirigirle las palabras, tan célebres por su énfasis terrible: *¿Tú tambien, hijo mio?* se cubrió la cara con su toga, y cayó atravesado de treinta y tres heridas, á la edad de 56 años, en el de 711 de Roma, y de 43 antes de J. C. Por de pronto huyeron los senadores no iniciados en la trama, y el pueblo cayó en la especie de estupor que producen por lo comun semejantes acontecimientos; pero en breve sucedió al pasmo la indignacion: se celebraron sus funerales con gran pompa; y el Senado, que no se habia atrevido á defenderle, le inscribió en el catálogo de los dioses. Los que desconociendo que en el estado á que llegara la república, nada podia ser mas feliz para ella que tener por gefe al ciudadano dotado de las mas altas cualidades, mancharon sus manos con la sangre de César, expiaron en breve su crimen. César no fue solo el general mas hábil que figura

en los fastos de Roma; fue además un orador, que habría competido con Ciceron, si sus ocupaciones militares le hubieran dejado tiempo para consagrarse al foro; fue un historiador, á quien ninguno de los de su patria aventajó ni en la exactitud de los hechos ni en la pureza del estilo; fue el reformador del antiguo calendario, que algunos siglos despues debia reformar de nuevo en la misma ciudad un pontífice de otra creencia; fue autor de multitud de leyes, que Roma recibió con acatamiento tal vez, y tal vez con entusiasmo; fue en fin generoso en la guerra, moderado en la paz, usó con insigne templanza del inmenso poder que se le habia conferido, y debió por lo tanto ser llorado, como lo fué, de la populosa ciudad, que despues de tan largos disturbios le habia debido un reposo sólido y una gloria inmortal. Horacio, suponiendo que tal hombre debia tener por vengador á un Dios, no le tributó, pues, un homenaje exagerado, ni hizo mas que revestir de la pompa de la poesía el elogio que andaba en las bocas de todos los romanos de su tiempo.

V. 45. *Serus in cœlum...* Este ruego a Mercurio que habia tomado la figura de Augusto, es al mismo tiempo una plegaria á este. Decir á Mercurio, «no te vuelvas pronto al cielo de donde bajaste,» equivale á decir á Augusto, «no te deshagas tan pronto del poder que se te confirió.» Este poder se le habia conferido por diez años al dársele el título de *príncipe*, diez dias antes de habersele dado el de *Augusto*, y mucho despues de habersele dado con repetición el de *padre de la patria*.

V. 46. *Populo Quirini...* En la nota al verso sétimo de la oda primera he señalado el origen de la denominación de *Quirites* que se dió á los romanos, y origen igual ó semejante tuvo la calificación de *Quirinus* que se dió á Rómulo despues de su elevación al cielo. Alterada de una ú otra manera la palabra sabina *Quiris*, derivada del nombre de su ciudad capital *Cures*, fue la raíz de las denominaciones dadas á los romanos, á su fundador, y aun á Marte, padre de este.

V. 50. *Pater atque princeps...* Estos dictados, que al principio se dieron con mucha razón á Augusto, los pro-

digó despues la lisonja á príncipes indignos de mandar, y aun de existir. Augusto mostró un gran júbilo el dia en que el Senado le confirió el título de *padre de la patria*.

V. 51. *Neu sinas Medos...* Los antiguos *medos* ocuparon algun tiempo un territorio entre la Armenia, el mar Caspio y la Persia. Mas tarde estendieron su poder, y llegaron á formar un reino considerable, que bajo la dirección de Ciro, se reunió con el de Persia, y formó un solo imperio. Los *medos*, confundidos en varias épocas con los persas y con los Partos, no fueron considerados por los romanos, sino como formando entre todos una sola nación. Véase la nota al verso 22 de esta oda, y al 53 de la oda 12.

V. 52. *Cæsar...* El *César*, á quien Horacio exhortaba á castigar á los medos ó persas, ó lo que es lo mismo, á llevar á cabo el propósito que poco antes de morir tenia formado Julio César, fue hijo de Atia, sobrina de éste, y de un Octavio, que de la clase de caballero, se habia elevado á la de senador. Este hijo, que nuestros autores han llamado casi constantemente *Octaviano*, nació en 691, recibió una educación brillante, y se hallaba completándola en Apolonia, ciudad del Epiro (hoy Polina ó Pollina en la Albania), cuando recibió la noticia de la muerte trágica de su tío, y la de que este, que le amaba tiernamente, le habia adoptado é instituido su heredero. Embarcóse al punto para Italia, desembarcó cerca de Brindis, y recibido y vitoreado por unos pocos soldados que allí se encontraban, se puso á su cabeza, y marchó en derecha á Roma, de donde salieron á recibirle con interés gentes de todas clases. A la cabeza del partido que anunciaba querer vengar la muerte del dictador, se hallaban Lépido y Marco Antonio; y este último, revestido á la sazón del poder consular, ejercía una autoridad, que al presenciar las demostraciones benévolas que se hacían en favor del heredero de César, receló ver disputada. Tratóse de avenirlos, y se les avino en apariencia; pero Antonio, que aspiraba sin rebozo al poder, reunió tropas, y tomó una actitud tan sospechosa, que obligó al Senado á declararle enemigo de la patria, y á enviar contra él un ejército. Sirvió en él *Octavio*, y contribuyó á la derrota que sufrieron en los campos de Módena

las tropas de su rival. Rehízose este en breve, y *Octavio* recibió orden de oponerse á su marcha, en union con *Décimo Bruto*, uno de los asesinos de César. Conoció su joven heredero los peligros de esta asociacion, y reconciliándose en secreto con *Antonio*, marchó sobre Roma, en vez de marchar contra él, y á la cabeza de sus tropas, exigió allí que se le nombrase cónsul, y fue nombrado en efecto á unanimidad, cuando aun no habia cumplido veinte años. Dueño del poder, hizo condenar á los matadores de su tío, y revocar los decretos expedidos contra *Antonio* y *Lépido*, y por resultas de las pláticas que entabló en seguida con estos dos gefes, se formó la famosa coalicion, conocida con el nombre de *triumvirato*. La base de este arreglo fue la distribucion del mando entre los tres asociados, pero la docilidad con que ellos consintieron en la proscripcion de sus amigos, que recíprocamente entregó cada uno á la venganza de sus cólegas, difundió el espanto en Roma, regada luego con la sangre de sus mas ilustres ciudadanos. A favor de la consternacion producida por estas atroces venganzas, *Bruto* y *Casio*, sustraídos antes con la fuga á la expiacion que debian al asesinato del dictador, habian reunido en Oriente un ejército, y desafiaban con él al nuevo poder, erigido en la capital de la república bajo tan funestos auspicios. *Octavio* y *Antonio* salieron al punto á campaña contra aquellos gefes, que alcanzados y deshechos en *Filipos*, se dieron la muerte por no sobrevivir á su derrota. *Octavio* gravemente enfermo, regresó á Roma, donde por una parte le dieron mucho en que entender, sediciones graves, provocadas por la distribucion de las tierras de los que siguieron el partido vencido, y por otra revueltas mas serias aun, suscitadas en la *Galia Cisalpina* por algunos de aquellos ambiciosos, que por mucho que medren, nunca creen haber medrado bastante. Severidad y justicia habian sofocado las disensiones, y contenido las resistencias, cuando *Antonio*, aniquilados los restos del ejército de *Bruto*, volvió á Roma, y pláticas nuevas entre los triumviros produjeron una division de mando, de que por de pronto resultó una desmembracion del estado, y de que mas tarde podian resultar colisiones violentas, y sin la

estrella feliz de *Octavio* y de Roma, la prolongacion indefinida de la guerra civil. En la distribucion del territorio se adjudicó á *Lépido* el Africa, el Oriente á *Antonio*, y Roma y el Occidente á *Octavio*. Este, mostrando lo que debia esperarse de su dominacion, desde el dia en que lograrse consolidarla, levantó las proscripciones antiguas, mandó quemar los papeles que podian suministrar motivos ó pretextos para proscripciones nuevas, hizo reconocer los derechos atropellados por tan largo tiempo, y estableció en fin una paz, que apenas turbaron algunos conatos de rebelion en las *Galias*, reprimidos luego por el nuevo gefe en persona, y los esfuerzos de *Sexto Pompeyo*, que aun mandaba una escuadra, compuesta de gente valiente y aguerrida. Para poner á cubierto la *Sicilia*, amenazada por aquel audaz caudillo, pasó allá *Lépido* con tropas de Africa; pero por resultas de un altercado con *Octavio*, fue luego despojado aquel de la parte que le correspondia en el poder, de la cual tomó posesion en seguida su afortunado cólega. A medida que este estendia el suyo, le iban consolidando la equidad de sus procederes, su munificencia con el pueblo, y el respeto que mostraba á las formas del gobierno republicano, respeto que por algun tiempo le hizo no aceptar el cargo que se le confirió de tribuno perpétuo. Seguro ya del favor popular, se aplicó á deshacerse de su cólega de Oriente, que entregado al amor de la famosa *Cleopatra*, olvidaba los miramientos que debia á la república, hasta el punto de otorgar un testamento, por el cual nombraba herederos de su poder á los hijos que habia tenido en aquella reina de Egipto. Para vengar este desacato, hizo *Octavio* que se le declarase la guerra, y salió sin detencion en busca de su rival. Encontráronse sus escuadras en las aguas de *Accio* (hoy *Azio*), y allí, no lejos del lugar donde diez y seis siglos despues hundió un bastardo ilustre el estandarte hasta entonces victorioso de la media luna, se empeñó el 2 de setiembre del año de 723 de Roma la famosa batalla que debia dar un dueño al mundo. Ganóla *Octavio*, que persiguiendo los restos de la escuadra fugitiva, desembarcó en *Siria*, y penetró luego en Egipto,

donde Antonio con hierro, y Cleopatra con áspides que aplicó á su brazo, se dieron la muerte. Arreglados los negocios de Oriente, volvió el vencedor á Roma, donde abolió las leyes del triunvirato, y se ocupó sin descanso en borrar las huellas de las disensiones civiles, que afligieran al país desde los funestos tiempos de Sila. Para que pudiese llevar á cabo tan altos designios, se habia considerado necesario reunir en su persona las mas eminentes dignidades; y en efecto, á la de emperador, ó general en jefe de todas las tropas de mar y tierra, y de tribuno perpétuo, ó fiscal nato de todos los actos de la autoridad, se añadieron luego las de censor y sumo pontífice, ó encargado de mantener la pureza de las costumbres y de la religion; se le proclamó príncipe del Senado, y hasta padre de la patria, título que le daba el derecho y le imponia la obligacion de considerar como hijos á los habitantes todos del imperio, que abrazaba la casi totalidad del mundo entonces conocido. Restablecido completamente el orden y la paz, creyó *Octavio* deber abdicar el poder que tan gloriosamente ejercia, y en consecuencia formalizó y motivó su renuncia, en un noble discurso que pronunció en el Senado. Este cuerpo no solo no la admitió, sino que confirió al generoso ciudadano el título de *Augusto*, con el cual habria él entrado desde luego en el ejercicio del poder soberano, sino circunscribiese los límites de este poder el agraciado mismo, y abandonase espontáneamente al Senado gran parte de los derechos que este cuerpo le atribuyera. Jamás hombre revestido de tan altos poderes dió al mundo ejemplos tan magníficos de abnegacion y desinterés; jamás se hicieron leyes mas equitativas, se cuidó mas del restablecimiento de las antiguas costumbres, se trabajó mas en hermosear la opulenta capital del orbe, que dijo con razon *Augusto* haber dejado de mármol, habiéndola encontrado de ladrillo. Sus beneficios se extendieron á casi todas las provincias del imperio, de las cuales visitó muchas, y sugetó en breve las pocas que se rebelaron, hasta lograr cerrar el templo de Jano, que desde la fundacion de Roma no se habia cerrado mas que dos veces. El Senado le decretó en vida honores divinos, los pueblos

le erigieron altares, y al mes llamado *Sextilis*, porque antes de la reforma del calendario hecha por Julio César, era el sexto del año, se le dió el nombre de *Augusto* (agosto), como el de *Julio* al mes anterior, en honor de su célebre tio. *Augusto* no fué tan feliz dentro de su casa como en el gobierno del mundo, pues sin hablar de las liviandades de su hija Julia, tuvo el dolor de perder á su entenado Druso, y á su sobrino é hijo adoptivo Marcelo, esperanzas sucesivas del imperio; y al morir, hubo de entregarlo á otro de sus entenados, de quien conocia las malas cualidades. El insigne príncipe murió en Nola el 19 de agosto del año 14 de nuestra era, de edad de 76 años, y al punto fueron convertidas en santuarios las casas en que nació y murió; se le erigieron por todas partes nuevos templos, que fueron servidos por sacerdotes, especialmente instituidos para ello, y se le prorogaron en fin los honores, de que ya disfrutara en vida por espacio de cerca de cuarenta años que mediaron entre la batalla de Accio, y la muerte del personage á quien ella entregó el cetro del universo. A pesar de la espontaneidad de los sentimientos que aquellos testimonios unánimes de gratitud revelaban, no faltaron escritores que pretendieron invalidarlos. Porque en un periodo de trastorno y desmoralizacion, el jóven heredero de un dictador grande y feliz aspiró al mando, de que una vez disueltos los elementos todos del antiguo régimen, era preciso que se apoderase el que tuviese mas audacia y fortuna, se le tachó de ambicioso y mal ciudadano. Porque ligado con cólegas corrompidos, consintió en satisfacer sus sanguinarias exigencias, y se hizo cómplice de crímenes, de que solo los que no tomaron parte en los negocios públicos se preservaron en aquella época, se le calificó de bárbaro y feroz. Pero si estas calificaciones, de que ni aun la influencia irresistible de circunstancias calamitosas debia atenuar la severidad, eran justas con referencia al período en que se cometieron aquellos excesos, no era justo envolver al *príncipe* en la animadversion que mereció el *triumviro*, ni dejar de reconocer, por odio á *Octavio*, los grandes beneficios que derramó *Augusto* sobre el mundo entero sometido á su dominacion. La paz de

que le hizo disfrutar durante su largo reinado, se designa aun hoy con el nombre de *Octaviana*, y el período de su ilustrada administracion con el nombre de *siglo de Augusto*; y estas denominaciones son un homenaje que vienen tributando diez y nueve siglos á la memoria de aquel grande hombre. Como á él tributó frecuentemente Horacio elogios, que escritores apasionados tacharon tal vez de ser-

## ODE III.

AD NAVEM QUÆ VIRGILIUS ATHENAS VEHEBATUR.

Sic te diva potens Cypri,

Sic fratres Helenæ, lucida sidera,

Ventorumque regat pater,

Obstrictis aliis præter Iapyga;

Navis, quæ tibi creditum

Debes Virgilium, finibus Atticis

Reddas incolumem, precor,

Et serves animæ dimidium meæ.

Illi robur et æs triplex

Circa pectus erat, qui fragilem truci 10

Commisit pelago ratem

Primus, nec timuit præcipitem Africum

Decertantem Aquilonibus,

Nec tristes Hyadas, nec rabiem Noti,

Quo non arbiter Adriæ 15

Major, tollere seu ponere vult freta.

viles y abyectos, he debido justificarlos en esta noticia de la vida del personaje á quien fueron dirigidos, y á quien no los prodigaron menores todos los historiadores contemporáneos. Concluiré diciendo que Augusto no solo fué un guerrero distinguido y un político profundo, sino un orador elegante y un estimable poeta.

## ODA III.

A LA NAVE EN QUE IBA VIRGILIO A ATENAS.

Nave, que de Virgilio

El precioso depósito nos debes,

Que á tu fé se confia,

Salvo á las playas áticas le lleves,

Y guardes la mitad del alma mia.

Asi la cipria diosa

Y los gemelos fúlgidos de Helena

Te dirijan, ó nave,

Y Eolo, que los vientos encadena,

Y sople solo el céfiro suave.

Rodeaba sin duda

Triple armadura de templado acero,

El corazon de robre

Del que á fiar se aventuró el primero

Fragil esquite á piélago salobre;

Ni á las Hiadas tristes,

Ni del bóreas temió y ábrego insano

La continua refriega,

Ni al noto, que señor del golfo adriano,

Tal vez sus olas alza, y tal sosiega.